

tristes trofeos; y la cuajada sangre amasaba aquellos espantosos monumentos del furor humano y de la cólera celestial. Asaz diferentes se muestran en risueña campiña esos manojos de yerbas y flores segadas por el haz del rústico campesino: Flora, dirigiendo un rastrillo convida á los pastores á las danzas de la primavera, y las zagalas se hacen conducir sobre él, llenas de regocijo.

Sonó la trompeta, y la caballería se lanzó á los caminos que le habían sido abiertos. La tierra despidió un rumor sordo, retumbando bajo la planta, mientras las baterías súbitamente descubiertas murieron á la vez. Los ecos de los bosques multiplicaron la voz de los marciales truenos, y el Meschacebé les respondió azotando sus orillas. Satanás mezcló á este estruendo rumores sobrenaturales, capaces de helar de espanto al mas animoso corazón. No se oyera fragor tan horrendo desde aquel día en que el Caos, obligado á huir al aspecto del Criador, se precipitó á los confines del mundo arrancado á sus entrañas, ni tornará á escucharse hasta que la trompeta del ángel despierte á los muertos en su polvo, rotos á la vez todos los sepulcros para reproducir la macilenta raza humana. Las legiones infernales esparcidas en los aires oscurecieron el sol, que los indios creyeron próximo á su extinción. Estremecidos en su inmensa base, los Andes sacudieron sus témpanos de eternos hielos, y rebramando con furor, entrambos Océanos amenazaron romper el istmo que une las dos Américas.

Seguido de sus centauros, Caussans cayó sobre las filas de los natchez. En una colonia naciente, un labrador, tomando prestados de su vecino algunos jumentos y yeguas, los hace entrar en una quinta donde se muestran regularmente estendidos los haces de trigo; si algunos niños obligan con su alegre vocinglería á los pacíficos animales á pisar las riquezas rústicas, una armonía encantadora reina entre el candor de los niños, la inocencia de los dones de Ceres y la agilidad de los jumentillos que triscan sobre las espigas, en pos de sus madres: así Caussans y sus homicidas caballos pisaron inexorablemente una cosecha de héroes. Y como las abejas cuyos tesoros ha descubierto un oso en las grietas de una encina, se arrojan sobre el ladrón y le atraviesan con el duro aguijón así, ¡oh, natchez! armados de mortífero puñal, opusisteis digna resistencia á los caballeros y á su caudillo, hijo del valiente Enrique y de la amable Laura.

Los caballos atravesados por una granizada de flechas, saltaron, se encabritaron y sacudiendo las sueltas crines frotan la espumosa boca en el taladrado pié, ó levantan al cielo las ensangrentadas narices, orgullosos aun en su dolor guerrero, ya hayan derribado á sus ginetes, ya vuelen con ellos á través del campo de batalla.

Acaso en el ardor que á los combatientes animaba hubiesen perecido todos los indios y franceses, si desde el entreabierto firmamento Catalina de los Bosques que veía aquella matanza, no hubiese levantado sus manos al trono del Omnipotente; entonces hizo oír una voz divina: «Piadosa virgen! cesen tus dolores, pues la misericordia mia brillará despues de mi justicia. Pero en breve, el autor de todos estos males suspenderá, para mejor proseguir sus proyectos, el furor de los guerreros.»

Así resonaron en la eternidad estas palabras que cayeron de sol en sol, y bajaron como una cadena de oro hasta los abismos de la tierra.

Al mismo tiempo, el monarca de los infiernos que creía el combate en el punto adecuado á la realización de sus proyectos, imaginó separar á los combatientes.

Voló, pues, á la gruta en que el demonio de la Noche se oculta mientras el sol vivifica la naturaleza.

La reina de las tinieblas se hallaba á la sazón ocupada en su atavío: los Sueños colocaban diamantes en su azul cabellera; los Misterios ceñían su frente con una diadema de ligeras nubes, y los Amores, atando en su derredor los crespones de su banda, solo dejaban al descubierto uno de sus pechos, semejante al disco de la luna; empuñaba por cetro un ramillete de adormideras. Ora sonreía en silencio profundo, ora hacía resonar cantos como los del ruiseñor; el deleite abría sin cesar sus lánguidos ojos, que sin cesar cerraba un dulce sueño; el apacible rumor de sus alas remedaba el manso murmullo de una fuente ó el leve susurro de las hojas; los céfiros nacían á su aliento. El demonio de la Noche ostentaba todas las gracias del ángel de la Noche; pero no protegia como este el reposo de la virtud, pues solo podía inspirar placeres ó crímenes.

Nunca el monarca de las sombras había visto á su hija tan encantadora. «¡Ángel seductor! le dijo, no es este el tiempo en que debes engalanarte; deja, deja los diamantes que te rodean; y viste tu manto de tempestades. No ignoras lo que me debes: no existías antes de la caída del hombre; ¡tu cuna se mecía en mis tinieblas!» Hija obediente, la Noche se despojó de sus galas y se vistió de vapores y de nubes, como cuando intenta favorecer los amores funestos ó los negros planes del asesino. Unció á su carroza dos buhos que exhalaban doloridos y lastimeros gritos, y conducida por el príncipe de los infiernos, llegó al campo de batalla.

De repente, los guerreros dejaron de verse, y descargaron entre las sombras inútiles golpes. El cielo abrió sus cataratas, y bajando un diluvio de las preñadas nubes, apagado quedó el inflamable polvo de que Marte hace brotar los rayos de la guerra. Los vientos sacudieron con violencia los bosques, pero aquella tempestad no tenía truenos, porque Jehová se había reservado los tesoros del granizo y de los relámpagos.

Cesó el iracundo combate: Chepar mandó tocar retirada, y el ejército francés se replegó tumultuosamente en la oscuridad, retrocediendo á sus atrinchamientos. Cada jefe seguía con su tropa el camino que le parecía mas corto, mientras muchos soldados extraviados se despeñaban en los precipicios ó se ahogaban en los hinchados torrentes.

Entonces la Noche rasgó su velo y aplacó su soplo, esparciendo un dudoso resplandor por el campo de batalla, en que los indios vagaban diseminados. Al pálido reflejo de la luna se descubrían los árboles tronchados por las bombas y las balas, los cadáveres que flotaban en el desbordado Meschacebé, los caballos tendidos ó que corrían al acaso, los furgones, las cureñas y los cañones volcados, las armas y las banderas abandonadas, numerosos grupos de jóvenes salvajes inmóviles y algunos sachems aislados, cuya calva y mojada cabeza despedía una pálida luz. Así, desde la cúspide de la fortaleza de Memphis, cuando el Nilo ha salvado sus orillas, se descubren en medio de las anegadas llanuras, algunas palmeras medio desarraigadas, informes ruinas que salen del seno de las aguas, y el parduzco vértice de las Pirámides.

Los restos de las tribus se retiraron á su vez á los bosquecillos de la Muerte. Outougamiz, penetrando en el sagrado recinto, vió sentado en un sepulcro á un guerrero cubierto de sangre. El hermano de Celuta se detuvo, y preguntó: «¿Quién eres? ¿Eres el alma de algun guerrero derribado hoy por el tomakawh de Areskoui, en defensa de los hogares de nuestros padres?»

La sombra se inclinó sin dar respuesta alguna; el gran sacerdote llegó y adelantóse hácia el fantasma con grandes invocaciones; los salvajes le seguían. De improviso oyóse esta voz: «¡Un blanco! ¡un blanco!»

D' Artaguette, herido en la refriega y extraviado

en la noche, habiase refugiado á los sepulcros de los salvajes. Outougamiz reconoció al francés contra quien había combatido, al francés protector de Celuta, al francés amigo de René. Conmovido por el infortunio de d' Artaguette y deseando salvarle, le reclamó como su prisionero. «No permitiré, dijo, que sea quemado este suplicante! ¡Cómo! ¿Habría pedido en vano hospitalidad á los sepulcros de nuestros mayores? ¿habría buscado en vano la paz en el lugar inviolable donde para siempre terminan todas las discordias humanas? ¿Qué diría René del país de la Aurora, el hijo adoptivo del sabio Chactas, el amigo que me ha dado la cadena de oro? ¡Aléjate, me diría, hombre cruel, y elije otro compañero para vagar para los valles, que yo no quiero mantener relaciones con los buitres que devoran á los infortunados. ¡No! ¡no bajaré á la mansión de los muertos con este grano negro en el collar de mi vida!»

Así hablaba el hermano de Celuta; pero el inflexible Adario mandó que el guerrero blanco fuese preso y condenado al fuego. Chactas había hecho abollar tan horrorosa costumbre, pero este venerable sachem estaba preso en el fuerte de Rosalia, y los irritados indios solo escuchaban la voz de la venganza. Las mujeres que habían perdido á sus hijos en el combate, rodeaban al extranjero prorumpiendo en dolorosos ahullidos; así se agolpaban las sombras en derredor de Ulises, en las tinieblas cimenterias, anhelando beber la sangre de las víctimas; así cantaban los griegos en torno de la hoguera de la hija de Hécula, inmolada á los manes del desapiadado Aquiles.

LIBRO UNDÉCIMO.

DESCOLLABA sobre una colina situada á corta distancia del campo de batalla, un sicomoro que coronaba su cima: todas las noches acudían millares de palomas á posarse sobre sus ya marchitas ramas. El general del ejército francés resolvió pernoctar al pié de este árbol, y reunir allí el consejo de oficiales para deliberar acerca del partido que debía adoptarse.

Encendióse la hoguera del vivac, apostáronse centinelas á convenientes distancias, y los jefes, que acudieron á la órden de Chepar, formaron un círculo en torno de la hoguera. Al inseguro resplandor de las llamas, veíanse los rostros macilentos y cubiertos de polvo, los uniformes desgarrados y sangrientos, las armas medio rotas, los cascos partidos, los morriones taladrados por las balas, y todo el noble desorden de aquellos valientes capitanes, mientras las palomas fieles á su acostumbrado albergue, lejos de huir del resplandor de la guerra, volaban á descansar entre los guerreros.

La inesperada resistencia de los salvajes había intimidado al improvisor Chepar, que empezaba á temer se había entregado en demasia á las interesadas sugestiones de los colonos. Había empeñado la batalla sin haber recibido una órden terminante del gobernador de la Luisiana, y sin esperar los refuerzos anunciados de Europa. Un número bastante considerable de soldados y muchos oficiales yacían tendidos en el campo de batalla, y la ausencia del capitán d' Artaguette esparcía gran consternación.

La opinión de los jefes que á Chepar rodeaban no era unánime, pues mientras unos querían que se continuase el combate al amanecer, otros sostenían que el castigo impuesto á los salvajes era hartó severo, y añadian que no se trataba de esterminarlos sino de someterlos; en concepto de los que así opinaban, los indios se hallaban sin duda dispuestos á un convenio; y en todo caso, la suspensión de las hostilidades da-

ria á los franceses tiempo para recibir los prometidos refuerzos.

Febriano no se presentó en este consejo, pues su conducta en el campo de batalla le hizo temer la presencia de sus valerosos compañeros de armas; pero el renegado se prometía reconquistar su influencia y su crédito en sus secretas comunicaciones con Chepar.

Ya la hoguera del vivac solo despedía humo: el alba blanqueaba el Oriente; empezaban á cantar las avecillas, y el consejo no había fijado aun su resolución. De improviso, resonó el grito de un centinela avanzado, y al ver correr á algunos oficiales, la guardia principal hizo fuego durante los primeros momentos. Una partida de jóvenes indios acaudillada por aquel Outougamiz cuyo valor había admirado el ejército francés, acababa de presentarse en el puerto. Aquellos guerreros se detuvieron á escasa distancia, y de sus filas salió un hombre cubierto de mortal palidez, con la cabeza descubierta y vistiendo un uniforme francés, salpicado de sangre: era d' Artaguette, que se apoyaba en el brazo de una negra que daba el pecho á un niño; ya en la vanguardia, los indios se retiraron.

Conducido á presencia del general, d' Artaguette habló en estos términos ante el consejo:

«Habiendo sido herido hácia el fin de la batalla, el valiente granadero Santiago me sacó de la refriega; mas como Santiago se hallaba tambien herido, le mandé retirarse, y me obedeció, con ánimo de traerme algun socorro. Al poner la noche terminó al combate, conseguí llegar arrastrándome al cementerio que los indios denominan *bosquecillos de la Muerte*, donde fui hallado por el sacerdote y condenado al castigo de los prisioneros de guerra. En vano intenté salvarme Outougamiz; pero no menos generosa, su hermana logró lo que él no había podido conseguir. Las leyes indias permiten á una mujer rescatar un prisionero, adoptándolo por hermano ó por esposo. Celuta me ha devuelto la libertad y ha declarado que yo era su hermano: esta generosa joven reserva tal vez el otro título á un hombre mas digno de él que yo.»

«Los indios, cuyo hijo adoptivo soy, me han hecho mensajero de palabras de paz. Outougamiz, mi hermano salvaje, me ha escollado hasta la vanguardia de nuestro ejército, y una negra llamada Glazirona, á quien he conocido en el fuerte de Rosalia y que se hallaba entre los Natchez, me ha prestado su brazo para llegar hasta vosotros. No recordaré al general que yo me opuse á esta guerra, pues en su autoridad y su sabiduría ha decidido lo que juzgó mas conveniente al servicio del rey; pero conceptuo que siendo hoy los Natchez los primeros en hablar de paz, el honor de la Francia queda á cubierto. Los indios me han concedido la vida y devuelto la libertad; Chactas puede ser canjeado conmigo, y me será muy satisfactorio el haber servido de rescate á ese ilustre anciano.»

La sangre y el valor del capitán d' Artaguette eran mas elocuentes que sus palabras, y un lisonjero murmullo de aplauso resonó en el consejo. Chepar halló un medio de salir con honor del paso peligroso en que se había empeñado, y declaró que puesto que los salvajes pedían una tregua, concedía á concedérsela, queriendo enseñarles que nunca se recurría en vano á su clemencia. Chactas, á quien se envió á buscar al fuerte de Rosalia, concluyó un armisticio que debía durar un año, durante el cual algunos experimentados sachems y algunos franceses distinguidos por su instruccion se ocuparían en el arreglo de la repartición de las tierras.

Algunos días bastaron para dar sepultura á los cadáveres; pero aunque una naturaleza virgen y vigorosa horró en breve en los bosques los vestigios de

los furores humanos, los odios y las divisiones se aumentaron notablemente. Todos los que habían perdido deudos ó amigos en el campo de batalla, respiraban atroz venganza; los indios, enorgullecidos por su heroica resistencia, ansiaban emanciparse enteramente, y los habitantes de la colonia, viendo defraudada su primera esperanza, codiciaban mas

que nunca las tierras de que se veían privados, mientras Chepar, humillado por haberse visto detenido por unos salvajes, se proponía, no bien reuniese nuevos soldados, hacer olvidar el triste éxito de un paso imprudente.

Entretanto, los Natchez no recibían nueva alguna del Sol y de su ejército, y los mensajeros enviados



HERÓICA AMISTAD DE OUTOGAMIZ.

al Gran Jefe para comunicarle el ataque de los franceses, no habían regresado. Empezaba á cundir la zozobra, y se notaba en Akansia una agitacion extraordinaria.

Toda la ternura de Celuta, que ya no estaba alarmada por Outougamiz, pues había salido del combate

cubierto de gloria, habíase reconcentrado en el ausente hermano de Amelia. Outougamiz hubiera ya volado en busca de René, á no hallarse ocupado, por orden de los sachems, en dar las fiestas de la hospitalidad á los guerreros de las tribus aliadas que habían tomado parte en el combate. Outougamiz decía á su

hermana: «Tranquilízate, que mi amigo habrá triunfado como yo; y pues debo la victoria á su manitú, el mío le habrá salvado de todos los peligros.»

Outougamiz juzgaba, en virtud de su amistad, del poder de su genio tutelar, ¡ah! ¡juzgaba mal!

Cierta noche, un indio destacado del campamento del Sol, anunció la vuelta de la tribu del Aguila, y al punto la fausta nueva cundió por todas las cabañas. Las familias se reunieron á la sombra de un árbol y al resplandor de las antorchas para escuchar los gritos de llegada. Outougamiz y Celuta fueron los primeros que acudieron á la cita.

No tardó en oírse el grito que anunciaba la aproximación de los guerreros; todos los oídos se inclinaron, todas las cabezas se doblaron hácia delante, todas las bocas se entreabrieron, todos los ojos se fijaron y todos los semblantes espresaron el vago sentimiento del temor y la esperanza.

Al grito de anuncio sucedieron los gritos de muerte. Chactas contaba en alta voz aquellos gritos, repetidos tantas veces cuantos eran los guerreros que habían perecido, y la nación respondió con un grito de dolor. Cada familia se preguntaba si habría dado alguna víctima al sacrificio: si un padre, un hermano, un hijo, un marido ó un amante habían bajado á la region de las almas. Celuta temblaba y Outougamiz parecía petrificado.

Los gritos de guerra resonaron despues de los gritos de muerte: estos gritos indicaban el número de cabelleras arrancadas al enemigo y el de los prisioneros que le habían sido hechos; y como los gritos de guerra escedían á los de muerte, resonó por los bosques una exclamacion de triunfo.

Presentóse entonces la tribu del Aguila, y desfiló entre dos hileras de antorchas: los espectadores procuraban descubrir su prosperidad ó su infortunio,



RENÉ Y SU NUEVA FAMILIA.

y advirtiéndose desde luego que el viejo Sol faltaba, y Outougamiz y su hermana no descubrieron al hermano de Amelia. Celuta, desfallecida, fue debilmente sostenida por el brazo de Outougamiz, no menos desconcertado que ella. Mila se ocultó, diciendo: «¡Yo le había encargado que no se muriese!»

Onduré, que reemplazaba al Sol en el mando de los guerreros, marchaba con triunfador talante, y saludó al paso á la Mujer-Jefe, que en lugar de celebrar el advenimiento de su hijo al poder supremo, se mostraba agitada por algun remordimiento. Noticioso de lo que ocurría, Chactas se mostraba aligido y severo.

A medida que la tropa avanzaba hácia la gran ciudad, los caciques dirigían algunas palabras á diferentes familias. «Tu hijo se ha conducido en la batalla como un búfalo indómito, decía un guerrero á un padre, y este respondía: «¡Bien!» «Tu hijo ha muerto,» decía otro guerrero á una madre, y esta replicaba llorando: «¡No importa!»

Reunióse el consejo de los sachems, y Onduré con-

convocado á él, hizo el relato de la expedición, segun el cual los Natchez habían encontrado á los illineses marchando á atacarles, y en el choque producido por este encuentro, la victoria se había declarado en favor de los primeros, pero por desgracia el Sol había succumbido á un flechazo. «Por lo que respeta al criminal, autor de esta guerra, añadió Onduré, espía ahora mismo en el cuadro de fuego el castigo debido á su sacrilegio.»

Bien hubiera querido Onduré acusar de cobardia á su odiado rival; pero René, herido tres veces en defensa del Sol, había hecho brillar tan públicamente su valor á los ojos de los salvajes, que él mismo Onduré se vió precisado á dar testimonio de este valor. «Viéndome ya jefe de los guerreros, prosiguió, hubiera continuado mi victoria si uno de nuestros emisarios no me hubiese traído la nueva del ataque de los franceses; he mandado la retirada y he acudido á la defensa de nuestros hogares.»

Durante la relacion de Onduré, la Mujer-Jefe había dado señales de una extraordinaria agitacion, y todos

la vieron ponerse encendida y pálida. A juzgar por algunas palabras escapadas á su culpable amante al marchar contra los illineses, Akansia no dudó que la flecha disparada contra el viejo Sol había partido de la mano de Onduré, quien fue á jactarse en breve ante la celosa india de haber dado principio al reinado del joven Sol. «La pasión que te profeso, dijo, me ha llevado tal vez demasiado lejos; dispon de mí y procura establecer tu imperio.» Onduré esperaba hacerse nombrar edil, mediante el crédito de la Mujer-Jefe, y gobernar la nación como tutor del tierno monarca.

La muerte del viejo Sol suscitaba una revolución en el Estado, porque en él espirara uno de los tres ancianos que habían abolido la tiranía de los antiguos despotas de los Natchez, no quedando ya sino Adario y Chactas, próximos ambos al borde del sepulcro.

Chactas concibió graves sospechas acerca del género de muerte de su amigo, pues no se había dicho en qué parte del cuerpo hiriera la flecha al centenario caudillo, y no se había traído su venerable cadáver, á pesar de haberse obtenido la victoria. Entre los guerreros de la tribu del Aguila circulaba el rumor de que el Sol había sido herido por la espalda, que había caído sobre el rostro, y que defendido durante largo rato en tierra por el guerrero blanco, uno y otro, abandonados indignamente, habían quedado vivos en poder del enemigo.

Harto fundados eran estos rumores: tal era la horrorosa verdad; René y el Sol habían sido hechos prisioneros, y los illineses se consolaron de su derrota viéndose dueños del Gran Jefe de los Natchez; y como no habían sido perseguidos despues de su retirada, se llevaron tranquilamente sus víctimas.

Trascurrido un mes de marcha, de descanso y de caza, llegaron á su gran ciudad, donde debían recibir la muerte los prisioneros. Por un refinamiento de barbarie, se había cuidado de curar las heridas del hermano de Amelia y del Sol; ambos eran vigilados noche y día con todas las precauciones que el demonio de la crueldad inspira á los pueblos de América.

Cuando los illineses descubrieron su gran ciudad, se detuvieron para preparar una entrada triunfal. El caudillo de la tropa fue el primero que se adelantó, prorumpiendo en los gritos de muerte. Seguían los guerreros formados de dos en dos, llevando á la estremidad de una cuerda al jefe de los Natchez y á René, medio desnudos y atados por los brazos.

La comitiva llegó así á la plaza de la ciudad, donde ya se había reunido una multitud curiosa que se empujaba y bailaba en derredor del viejo Sol y de su compañero; no de otro modo, en una tarde del otoño, una bandada de golondrinas revolotea en torno de algunas ruinas solitarias; así los pobladores de las aguas se gozan en un rayo de oro que penetra en las ondas del Meschacebé, mientras las flores de los magnolias, desprendidas por las brisas, caen á manera de lluvia sobre la trasparente superficie del río.

Cuando el ejército y todos los salvajes se reunieron en el lugar de dolor, el gran sacerdote hizo la señal del preludio de los suplicios, llamado por la feroz Athaensia (1) las caricias á los prisioneros.

Al punto, los indios formados en dos filas, hirieron con bastones de cedro al jefe de los Natchez, que sin acelerar su marcha, pasaba entre sus verdugos como un río que arrastra sus lentas aguas entre dos frondosas orillas. René esperaba ver caer la víctima, porque ignoraba que los encargados del suplicio evitaban dar golpes en partes donde pudieran ser mortales, para prolongar así su placer. «¡Venerable sachem! le dijo el hermano de Amelia; ¡qué destino tan cruel! Yo soy joven y puedo sufrir; ¡pero tú!»

El Sol le respondió: «¡Por qué me compadeces? no necesito tu compasión; ¡piensa en tí y apela á tus fuer-

(1) La venganza.

zas! La prueba del fuego empezará por mí, porque soy una encina seca sobre mi tallo y propia para arder con rapidez. Espero despedir una llama cuya luz alumbré mi patria y reanime tu valor.

Despues de estos tratamientos dados á la vejez, el joven francés se vió precisado á sufrir las mismas atrocidades; luego ambos prisioneros fueron llevados á una cabaña donde les fueron prodigados todos los auxilios y todos los placeres. El ave de Minerva canadiense rompe el pié de sus víctimas, y las engorda en su nido en la estacion de los hermosos días, para devorarlos en la de las escarchas.

Sobrevino la noche: René, acribillado de heridas, yacía tendido sobre una estera en uno de los ángulos de la cabaña; y unos guardas custodiaban la puerta. Una mujer vestida de blanco y cuya frente ceñía una corona de jazmines, se adelantó entre las sombras: oíase el rumor de su llanto: «¿Quién eres?» preguntó René, incorporándose con penoso esfuerzo: «Soy la virgen de los últimos amores (1), respondió la india. Mis padres han pedido para mí la preferencia, porque aborrecen á Venclao, á quien amo. Hé aquí porque lloro á tu cabecera. Mi nombre es Nelida.»

René replicó en la lengua de los salvajes: «Los besos de una boca que no es amada, son espinas que rasgan los labios. Nelida, vé á buscar á Venclao, y dile que el extranjero de los sasaráns ha respetado tu amor y tu desgracia.» A estas palabras, la hija de los illineses exclamó: «¡Manitú de los infortunados, oye mi ruego! Haz que este prisionero se sustraiga á la suerte que le está reservada. El no ha mancillado mi seno: ¡ojalá que la mujer á quien ama le sea tan fiel como la esposa del alcion, que espone á los dulces rayos del sol á su esposo cuando desfallega bajo el peso de los años!»

Al decir estas palabras, la virgen de los últimos amores tomó los jazmines que engalanaban sus sienes, y los colocó en la abatida frente de René: costumbres extraordinarias, cuya trama parece tejida por las Musas y por las Furias.

Coronada por tu mano, dijo el joven á Nelida, «la víctima será mas acepta al Gran Espíritu.» Mucho tiempo hacia que René estaba hastiado de la vida, y mirando con placer la muerte, ofrecía al cielo los tormentos que iba á sufrir como expiación de los de Amelia.

En aquel momento entraron los guardias y la hija de los illineses se retiró, pero volvió á la hora de los suplicios; los indios contaron que el astro de la luz no salió aquel día del seno de los mares, y que solo Athaensia, diosa de las venganzas, alumbró la naturaleza. Los prisioneros fueron conducidos al lugar de la ejecución.

El jefe de los Natchez fue atado á una estaca, á cuyo pié se extendía un monton de cortezas y de hojas secas; el hermano de Amelia debía ser la última víctima. El gran sacerdote presentóse entonces en medio del círculo que en derredor de la estaca formaba la apiñada multitud, y en la mano ostentaba una antorcha que bailando sacudia. Poco despues aplicó el fuego al monton de combustibles; hubiérase creído ver uno de aquellos sacrificios que los antiguos griegos ofrecían en las costas del Helesponto: el monte Ida, el Janto y el Simois lloraban á Astianax y las humeantes ruinas de Ilión.

Empezóse quemando los piés del anciano, que permanecía tan tranquilo cual si estuviese sentado á los rayos del sol naciente, á la puerta de su cabaña. El sachem cantaba en medio de los tormentos que le abrian el sepulcro, como el esposo repite el grito de himeneo al acercarse al tálamo nupcial. Los verdu-

(2) Véase, para la explicación de este uso, el episodio de Atala.

gos irritados agotaban la fecundidad del genio infernal que les impelia, y hundieron en las heridas del amigo de Chactas algunas astillas de pino ardiendo y le gritaban: «Alumbranos ahora ¡oh resplandeciente astro! (1) Semejante á un sol que coronando su frente con la mas plácida aureola, se oculta en medio de las armonías de la naturaleza, se mostró á los illineses la esplendorosa víctima.

Athaensia sopló su rabia en los corazones: un sacerdote alimentado por una loba en una caverna del Niágara, se precipitó sobre el sachem, le arrancó la piel de la cabeza y esparció las rojas cenizas sobre el desollado cráneo del anciano. El dolor derribó al jefe de los Natchez á los piés de sus enemigos.

Empero, recobrado en breve de un desvanecimiento de que se sintió sonrojado, empuñó un tizon y desafió con él á sus perseguidores; y en pié en medio de su hoguera, esparció por un momento el terror en todo un ejército. Un paso falso le entregó segunda vez á los inventores de tormentos, quienes se arrojaron sobre el anciano; el hacha cortó aquellos piés que visitaban la cabaña de los desvalidos y aquellas manos que curaban las heridas de los desgraciados. Hízose rodar un tronco sobre las llamas, cuya violencia sirvió de remedio á las heridas de la víctima y las cicatrizó, mientras la sangre humeaba sobre las ascuas como el incienso en un sacrificio.

El caudillo natche que no había sucumbido, alejaba aun con sus miradas á los guerreros mas inmediatos y hacia retroceder á los verdugos. Menos espantosa es la serpiente cuyos anillos ha separado el viajero con una cuchilla: el dragon mutilado se agita á los piés de su enemigo, soplando hácia él su ponzoña, amenazándole con sus encendidos ojos, su triple lengua y sus prolongados silbidos.

«¡René! gritó al fin el viejo con una voz que parecía haber aumentado su fuerza; ¡voy á reunirme á mis padres! ¡No me he entregado á los esfuerzos que has visto, sino para alentarte á morir y para mostrarte lo que puede un hombre cuando quiere ejercitar todo el poder de su alma. ¡Por honor de tu nueva patria, imita mi ejemplo!»

Dijo y espiró. El sachem natche había cumplido un siglo; su antigua virtud, cultivada tanto tiempo sobre la tierra, abrióse á los rayos de la eternidad, como el aloe americano que al fin de cien primavera, abre su flor á la benigna influencia de la aurora.

LIBRO DUODECIMO.

El admirable valor del jefe de los Natchez había exasperado el furor de los illineses, que llenos de rabia clamaban: «Si no hemos podido hacer exhalar un mugido á ese viejo búfalo, este cervatillo nos indemnizará de nuestras penas.» Y mujeres, niños y sachems se aprestaron al segundo sacrificio: el genio de las venganzas mira sonriendo los tormentos y las lágrimas que prepara.

En un ingenio americano, gobernado por un amor generoso y humano, muchos esclavos se dan prisa á recolectar la cereza del café; los niños la sumergen en grandes receptáculos de agua pura, y los jóvenes africanos la agitan con un rastrillo para desprender la roja pulpa de la preciosa semilla, ó estienden sobre zarzos la opulenta cosecha. Entretanto, el amor pasea á la sombra de los naranjos, prometiendo amores y descanso á sus esclavos, que hacen resonar el aire con los cantos de su patria: no de otro modo los illineses se apresuraban, estimulados por la mirada de Athaensia, á recoger una nueva cosecha de dolores.

(1) Histórico.

En poco tiempo se consumó la obra, y el hermano de Amelia, desnudo por los sacrificadores, fue atado al poste del sacrificio.

En el momento en que la tea bajaba su cabellera de fuego para esparcirla por las cortezas, eleváronse densos torbellinos de humo de las vecinas cabañas, y entre el confuso clamoreo percibiéronse los gritos de los natchez, pues una partida de éstos se hacia preceder por el incendio en el país illinés. El espanto y el desorden cundieron súbitamente en la muchedumbre agolpada en derredor del hermano de Amelia; los sacerdotes huyeron, y las mujeres y los niños imitaron su ejemplo; todos se dispersaron atropelladamente sin escuchar la voz de los caudillos, sin reunirse para la comun defensa. Aprovechando el repentino terror que embargaba los espíritus, la escasa tropa de los Natchez penetró sin obstáculo hasta el sangriento lugar.

Un joven caudillo en cuya mano brillaba el hacha vengadora, se adelantó á sus compañeros. ¿Qué labio no había pronunciado ya su nombre? Era Outougamiz, que subiendo presuroso á la hoguera, cortó las funestas ligaduras que sujetaban á su amigo.

Todas las palabras de ternura prontas á salir de sus labios, quedaron ahogadas en su alma. Nada se había logrado aun, pues René no estaba en salvo y un solo instante de tardanza podia perder á entrambos. Al recobrase de su primer estupor, los illineses echaron de ver el insignificante número de los natchez, y reuniéndose con pavorosa gritería, rodearon la tropa libertadora. Los esfuerzos de esta tropa le abrieron un camino; mas, ¿qué podían doce guerreros contra tantos enemigos? En vano los natchez rodearon al hermano de Amelia, pues sus heridas hacían lenta y difícil su marcha, y su mano, atravesada por una flecha, no podia levantar el hacha, y casi á cada paso daba consigo en tierra.

Outougamiz cargó sobre sus hombros á su amigo; la pesada carga pareció haberle prestado alas, pues se deslizaba sobre la yerba, y ni se oía el rumor de sus pasos, ni el de su respiración. Con una mano sostenía á René, y con la otra combatía; á medida que se acercaba al inmediato bosque, sus compañeros caían uno á uno á su lado, y cuando se internó con René en el bosque, se hallaba solo.

Ya la noche había estendido sus sombras; y Outougamiz, que se había emboscado en la espesura de los matorrales, dejando á René entre largas yerbas, se tendiera á su lado, cuando oyó el ruido de acelerados pasos. Los illineses encendieron teas que iluminaron los mas oscuros laberintos de los bosques.

René intentó dirigir frases de tierna admiración al heróico salvaje, pero este le cerró la boca con la mano, pues conocía el sutil oído de los indios. Levantóse y viendo con regocijo que el hermano de Amelia había recuperado algunas fuerzas, atóle una cuerda á la cintura y le condujo al pié de una colina que dominaba una laguna.

Los dos desgraciados buscaron un asilo en el fondo de esta, ora sepultándose en el légamo que en su derredor se removía, ora sacando tímidamente la cabeza á la superficie de las cenagosas aguas. Trazáronse al fin un sendero á través de las plantas acuáticas que aberrojaban sus piés, y llegaron incólumes hasta unos altos cipreses, sobre cuyas rodillas (2) se procuraron el necesario reposo.

Algunas voces errantes resonaron al rededor de la laguna, pues unos guerreros sostenían que se había escapado, mientras otros muchos aseguraban que un genio le había libertado. Los jóvenes illineses se dirigian mutuas acusaciones, al paso que los sachems aseguraban que el prisionero sería hallado, puesto

(2) Dáse el nombre de rodillas del ciprés calvo á las gruesas raíces que salen de la tierra.